**La muerte**

El gran misterio

Es obvio que el tema de la muerte es tan misterioso como el tema de la vida: si lo pensamos dos veces, la cosa está clarísima: nuestro nacimiento constituye un gran misterio (y nadie nos pidió permiso para traernos a la existencia) y nuestra muerte también (para sacarnos de la existencia, tal como la conocemos, tampoco se nos pide permiso).

Así que, dos más dos cuatro: si no podemos decir de dónde venimos y si no sabemos dónde vamos, tampoco sabemos qué somos, dónde estamos, qué es la vida misma: estamos todos inmersos en un inmenso misterio.

Y luego, hay que ver que la muerte constituye la contradicción de todo, la suma contradicción del hombre y, por tanto, también de su razón: vamos a ver cómo de la muerte se puede predicar una cosa y luego, también lo contrario. Y si quisiéramos ser perfectamente consistentes en nuestros razonamientos sobre este tema, necesariamente deberíamos dejar fuera la mitad contraria, deberíamos conformarnos con medias verdades, que son, como bien saben ustedes, una forma de mentira.

De manera que fuera con los racionalistas, fuera con los que creen que la única manera de adquirir conocimientos es mediante el uso de la razón y por tanto restringen la realidad a lo que puede ser objeto de un razonamiento.

Ahora la razón, decía Pascal, razona que hay razones más allá de la razón.

La muerte pertenece a este ámbito: pertenece a lo misterioso por excelencia, por definición, excede la capacidad de inteligencia del hombre.

Y nos repugna. Como lo expresa Lewis en “Una pena observada”: *Sentimientos, sentimientos y sentimientos. En lugar de eso, ¿por qué no probamos pensar un poco?*

Es lo que intentaremos hacer: pensar un poco acerca de la muerte, más allá del temor que nos inspira, más allá de la repugnancia que nos produce.

Cómo importa lo que creemos

Y lo primero que tenemos que decir es que nuestra concepción de la muerte depende de qué cosas creemos en esta vida, sobre esta vida, cosa que sucede con muchos asuntos, pero no en esta medida: según lo que creo en esta vida, sobre esta vida, así será lo que pienso sobre la muerte. Por ejemplo, si yo soy ateo y materialista y no creo que haya nada más allá de esta vida, si pienso que la vida se acaba como quien desconecta un artefacto eléctrico y sanseacabó, pues no tengo mucho más para decir sobre el particular.

Muy distinto es el caso de quien se toma en serio lo que se ha dicho en la gran tradición sapiencial (a partir de Sócrates, digamos, aunque él también se alimenta de fuentes más antiguas aún) que recorre más de 25 siglos de historia en Occidente. Y esa misma tradición de saber se alimenta, se refuerza y se nutre con la revelación judeo-cristiana donde abundan las referencias a la muerte que es, justamente, uno de sus temas centrales.

En fin, lo que quiero destacar es que el tema da para muchísimo, y que, contrariamente al ateo, nosotros tenemos una enorme cantidad de cosas para decir y para pensar acerca de todo esto, cosas que los sabios han ido elaborando a lo largo de muchos siglos, a lo que agregamos lo que hemos aprendido por Revelación de Dios, cosas explicadas por muchos otros sabios (los Padres de la Iglesia, los doctores, los santos) y que nos darán, como digo, abundante materia para pensar.

Una enorme cantidad de paradojas

A poco de ponernos a reflexionar sobre la muerte caemos en la cuenta de que el asunto trae por fuerza una enorme cantidad de paradojas, aparentes contradicciones como ya hemos señalado, que producen gran perplejidad en quien aborda el tema con alguna seriedad.

Es que la muerte es, en sí misma, la gran contradicción de todo: de la lógica, del pensamiento, de la sensibilidad, de la imaginación y, en suma, de la vida toda: es un asunto que naturalmente horroriza al hombre, le disgusta profundamente y por eso son pocos los que se han abocado a reflexionar seriamente sobre esto, por más que nos incumbe a todos, por más que nadie escapa a su largo y siniestro brazo.

Y la primera paradoja que presenta es que, por una parte, nos resulta perfectamente natural: predicar de alguno que está vivo, dice un autor, equivale a decir que está destinado a morir, se predique de una planta, de un animal o de un hombre, lo mismo da: si podés vivir, quiere decir que podés morir, quiere decir que un día te vas a morir. Pero, mirado con otro ojo, no hay nada más *anti*-natural: el mismo instinto de supervivencia constituye un testigo elocuentísimo de lo que digo: no hay nada más *anti*-natural, nada más contrario a nuestra naturaleza, que la muerte. Y por eso, naturalmente, nos repugna la sola idea.

Y esta primera paradoja se ve reflejada en una variedad de pareceres sobre el asunto. Fíjense si quieren: mi amigo Carlos Baliña dice que si yo no lo hubiese visto con mis ojos más de una vez, si no fuera porque me lo contaron desde la más tierna infancia, y porque leí sobre eso centenares de veces y lo vi en miles de películas­—si no fuera porque existe un consenso universal de que así es, ni en un millón de años hubiese concebido siquiera la posibilidad de morir: como si uno naciera en una isla solitaria y viviese como Robinson Crusoe y nuestra madre hubiese desaparecido cuando aún éramos niños. La sola idea de que te fueras a morir no se te ocurriría, porque es una idea en cierta forma inconcebible. Pero Max Scheler dice todo lo contrario: dice que de una u otra forma uno concibiría con naturalidad la idea de que un día te tienes que morir…

No sé ustedes, pero me inclino por el parecer de Baliña: hay en cada uno de nosotros una especie de sello que nos recuerda que alguna vez fuimos inmortales y que si ya no lo somos es porque hemos caído de nuestra condición primera que es a la que estábamos llamados, por mucho que los teólogos insistan en que Adán y Eva recibieron el don preternatural de la inmortalidad como eso, como un regalo que no les correspondía por derecho. Sí, bueno, para el caso tampoco les correspondía ser creados ni nadie puede reclamar eso como un derecho (la sola idea es un disparate: “exijo ser creado”).

Pero el sello está, como supo decirlo el poeta José María Pemán: “todo yo soy un inmenso afán de infinito”.

Una idea de San Francisco Javier

Ahora que la muerte produce miedo, no hay cómo ponerlo en duda por mucho que más de un autor supone que razonando deberíamos vencer ese miedo. Casi todos ellos siguen de un modo u otro el sofisma de Epicuro: si estoy muerto, ya no estoy ahí para que me importe nada; y si todavía estoy vivo, todavía no me morí, así que, ¿a qué preocuparse? El sofisma radica en el hecho de que en las dos afirmaciones se niega lo central, el hecho mismo de la muerte: si salteamos la muerte y pasamos al estado posterior, omitimos justamente el tema que queríamos tratar; y dígase lo mismo se hablamos del período inmediatamente anterior. ¡Qué vivo Epicuro! Para él la muerte no existe porque él se niega a referirse directamente a ella. Así cualquiera.

Pero Epicuro se murió y ahora sabe, por mucho que ya no nos puede decir nada sobre el particular.

Más interesante es lo que dice San Francisco Javier. En carta a San Ignacio le dice que es importante acostumbrarse a confiar en la Providencia de Dios porque eso nos prepara para el momento de la muerte. En ese momento, dice él, será como si estuviésemos en el pináculo de un tobogán mirando hacia abajo; sólo que en la parte inferior del tobogán planea una neblina tan densa, tan densa, que no se ve nada. Y dudamos de realizar el gran viaje puesto que no sabemos qué hay allí abajo. Y luego te dan un gran empujón… un empujón que mete miedo en la medida que vamos hacia lo desconocido. Es por eso que Francisco Javier nos quiere experimentados en la práctica de la confianza en Dios y a fe mía… parecería que razón no le falta.

Newman se enoja con todo esto, con aquellos que viven sin averiguar siquiera qué les les espera del otro lado.

Ahora os diré hacia dónde os dirigís—no hacia criaturas del aquende, sino hacia Dios. ¡Oh el terrible estado del alma cuando esto ocurra! Ha dado el gran salto y es hacia aquel otro mundo. ¿Tiene alguna clase de trato con Dios? ¿Sabe algo acerca de Él? ¿Sabe cómo es? ¿Ha tratado de amistar con Él? ¿Ha hecho las paces con Él?

¡Qué locura! Si los hombres que se van de viaje llevan cartas de presentación; averiguan sobre el país de destino; tratan de hacerse amigos de allí antes de viajar; llevan plata consigo, etc. Y sin embargo, vosotros no intentáis dispersar la densa tiniebla; al contrario, se esfuerzan en andar contentos porque no saben.

Sin embargo, semejante displicencia constituye un razón adicional para alarmarse, pues eso mismo demuestra que Dios está airado contigo. Los hombre dicen con ligereza: “Bueno, es cuestión de opiniones”. No señor, es cuestión de castigo.

En su biografía de Chesterton, Maisie Ward cuenta que en los últimos días de su vida, su mujer, Francis no sabía si el Gordo estaba consciente o no y para averiguarlo—y de paso cerciorarse de que estaba en sus cabales—se le acercó y le preguntó: “Gilbert: ¿quién te cuida?”. “Dios”, dijo él.

La enfermedad de muerte

El empujón… el irresistible empujón que recibimos cuando estábamos cómodamente sentados en la parte superior de la rampa… empujón frente al cual sólo queda entregarse en las manos de Dios. A mí me parece que a esto se refería Kierkegaard cuando decía que *“la desesperación es la enfermedad, pero la desesperación es también el remedio”* (una frase que Castellani recoge en su novela “Su Majestad Dulcinea”).

Permítanme tratar de explicar lo de Kierkegaard con una idea del cura Hopko (un cura ortodoxo que me ha seducido en los últimos tiempos).

Hopko dice que en nuestro tiempo los cristianos nos comportamos frente al moribundo como si fuésemos paganos, haciendo lo imposible para que el moribundo no se muera, hasta que por fin, los médicos admiten que “la situación es desesperante”, o “ya no hay más que hacer”. Pero luego, una vez fallecido, hablamos del muerto como si fuésemos platónicos, “ya descansa en paz”, “se ha ido al lugar del reposo eterno”, “ahora es libre”, etc. etc. Como si frente a la muerte nosotros mismos apretáramos la tecla (del “on/off”) y cambiamos de fase: donde antes hacíamos lo imposible por la supervivencia del moribundo, ahora celebramos que se haya muerto. Pasamos sin solución de continuidad de la fase pagana a la platónica.

Y algo de eso hay, no cabe duda, en muchos, en muchísimos cristianos de nuestro tiempo. Pero para ellos, me parece, Kierkegaard concibió su enigmático aserto: la desesperación es la enfermedad, pero la desesperación es también el remedio. Y esto porque uno desespera cuando advierte que está a punto de dejar este mundo, que ya nada depende de uno, que estamos a punto de ingresar en el reino de la irrevocabilidad que decía Bernanos, al estado de término que dicen los teólogos, donde ya nada podremos cambiar *(more about that in a minute)*. Y allí, en ese preciso instante, la desesperación de todo, puede ser el remedio de nuestro esencial apego a este mundo, a las cosas de este mundo, desesperando de él y de su Príncipe, de sus pompas y engaños, de sus falsos brillos y persuasivas invitaciones: así una vez que uno desespera de todo, entonces recién puede poner toda su confianza en Dios y repetir aquello del Salmo *“De profundis”* con entera verdad: “Yo pongo mi esperanza en Ti, Señor, y confío en tu palabra”.

Es, claro que sí, el momento de la prueba suprema, donde habrá que vencer “al último enemigo” como dice San Pablo (I Cor. XV:26).

Del Eclesiastés

Pero volviendo por un minuto a la irrevocabilidad esa que decía Bernanós, a lo que los teólogos llaman “estado de término”… ¿a qué se refieren con eso?

Se refieren a una cosa muy sencilla y es que una vez muertos, ya no podremos pecar más, pero tampoco hacer méritos, ya no podremos hacer nada, ya está, lo hecho hecho está, lo que no se hizo ya no se podrá hacer. Si Dios me concibió para una misión en particular y sólo cumplí con el 10% de lo que Él tenía en mente, eso ya no se puede cambiar.

En el libro del Eclesiastés hay una expresión muy fuerte que pone esto mismo de manifiesto: dice que donde el árbol cae, sea mirando al norte, sea mirando hacia el sur, allí queda (XI:3).

“El centro de la existencia de todos los hombres constituye un sueño. La muerte, la enfermedad, la locura no son más que accidentes materiales, como un dolor de muelas o un esguince de tobillo. Que estas fuerzas brutales siempre asedian y a menudo capturan la ciudadela no prueba que ellas sean la ciudadela misma.” (G.K. Chesterton).

Finis